

NOSOTROS LOS JOVENES.

A la lucha: El campo es vasto y la ocasión propicia

Es ley humana. El tronco caído viene a tierra para dejar sitio a los nuevos retoños. Los organismos envejecidos bajan a la hoja, mientras que los jóvenes, los nuevos, los vigorosos, entran a la lucha.

En el antiguo orden de cosas, dentro de esa vida que jamás nos trajo una sorpresa de valentía ó de audacia, la juventud nacional seguía por el cauce ya marcado, según el canon establecido, sin voluntad y sin fuerzas, envejecida antes de tiempo, sin saber de heroísmos ideales. Era como la castellana, asomada tras ojivas, en un alto torreón, que ve á lo lejos, con envidia, las polvaredas del combate, las hemorragias del crepúsculo, el aire pleno de la vida plena, la libertad.

Uno de los beneficios mayores de la revolución que tropezó en Casas Grandes para levantarse más alta y más briosa en Ciudad Juárez, es esa: la de haber despertado con el fragor de sus descargas, á nuestra juventud, caída en un marasmo suicida. Se diría que el grito lanzado en San Luis Potosí, despertó, juntamente con las conciencias que soñaban con la Libertad, las energías juveniles. El porvenir que fué como cosa propia de los viejos, es nuestro, señores, es de los jóvenes. El destino hermoso de la patria no debe estar en las manos trémulas de los patriarcas, sino entre las fuertes de la juventud que puede bajar á la tiza.

Síntoma de lucha y de vigor, es este que tenemos á la vista, manifestado por la creación de partidos. México, que no tenía sino dos borrosos y tradicionales, acogotados por la dictadura,

y otro vergonzante, que nunca quiso llamarse sino «grupo», ha visto surgir de golpe, á raíz del triunfo de la causa insurgente, numerosas banderías, de finidas más ó menos claramente, pero todas con afán de lucha, un inusitado afán que ha removido las ideas y héchonos pensar que tenemos cerebro y músculos y corazón.

No hay más que volver los ojos hacia el espectáculo que presentan los pueblos de una civilización adelantada. En Rusia, en Francia en Inglaterra, que más, en las Posesiones Británicas y en el imperio Otomano, esa juventud ha sido la palanca formidable que ha levantado en alto la pesadéz mastodéutica de la tiranía en todas sus formas. Y se explica. La juventud es generosa y altruista. La sangre hierve con un sagrado ardor de libertad y está pronta á ofrecerse en holocausto por una idea noble. No tiene los fríos egoísmos calculadores de la madurez. Tiene la divina inconsciencia del heroísmo.

Por eso no es extraño que en México esa juventud se haya puesto de pie al oírse la campanada sonora que anuncia el despertar. Todos, hasta los viejos, han surgido con actitud interrogadora. ¿De qué se trata? ¿De combatir? Pues á combatir! Y ahí tipois á los grupos armados de ideales nuevos, de soñadas otras. Desde el «Justo y romoso conservatismo», que no está formado por elementos jóvenes, porque sería un absurdo que en almas nuevas, en almas siglo XX, se anudara el espíritu jesuítico de una secta que tiende hacia la sombra y el retroceso, hasta el

partido liberal puro, pasando por los matices de un principio determinado, de un credo social ó de un sistema político. Y todos acuden á la lucha, con el alma plena de ambiciones. Hay, pues, vida democrática, principia una nueva era en que cada quien puede lanzar á los cuatro vientos sus ideas. El campo es vasto, la ocasión propicia.

Y bien, amigos nuestros, camaradas nuestros, hay una tarea que cumplir y una bandera que defender: Hay un patrimonio que conservar incólume ante la amenaza de los reaccionarios. Nuestro reino, al revés de lo que dicen los otros, es de este mundo.

Se acaba de conquistar una muy fundada promesa de verdad y de justicia. El grano está en el surco y germinará, siempre que tenga los cuidados de todos. A la breva entonces. Que la juventud intelectual, la briosa juventud que ha sido el ariete más poderoso en todas las campañas sociales y políticas, no desmienta ahora sus gloriosos antecedentes. El problema es hondo y multiforme, pero justamente por eso debemos enfrentarnos, con decisión ante el enemigo. Y en este caso hay que señalarlo á la Opinión pública con el dedo: es la Reacción, la misma á quien seguirá, como un escarnio y como un eterno reproche, la sombra de aquel emperador de barbas alazanas que juzgó fácil arrastrar túnica de púrpura y arrojado bajo el cielo de México, sin saber que es cielo propicio para que vuelen, raudas y magestuosas, las águilas caudales de la libertad!

Comentarios al Manifiesto Presidencial.

El manifiesto que lanzó á la Nación el Presidente Interino de la República, Don Francisco León de la Barra, contiene una declaración concreta que se refiere á la política interior del país, otra vaga y de forma relativa á la política exterior, y finalmente un llamamiento á todos los mexicanos para cooperar en la obra de pacificación que se impone y de vida democrática que nos prometen los trascendentales acontecimientos de que hemos sido testigos más ó menos próximos.

Vamos á profundizar de la declaración que se refiere á la política interior, pues el criterio del Ejecutivo Interino se reduce en esta materia á procurar el encerramiento que ya es como la obligada fórmula que gobierna las relaciones internacionales de casi todos los países del mundo civilizado, más atentos como están á su prosperidad económica que á la gloria de las aventuras guerreras ó de las ambiciones de conquista de otros tiempos.

El señor de la Barra—cuya situación política es extraordinariamente anormal desde el punto de vista de las consideraciones técnicas—, compenetrado de las aspiraciones nacionales ha declarado insistentemente no sólo en los párrafos de su manifiesto sino en los discursos que ha pronunciado en estos últimos días (el 20 por la tarde desde los balcones del Ministerio de Relaciones dirigiéndose al Centro Antirreeleccionista; y el 21 á las once de la noche, desde los balcones de su casa dirigiéndose á los estudiantes de Agricultura,) que no com-

parará ser postulado el Sr. Presidente ni para el presidente de la República en los comicios próximos, que bajo su administración serán respetadas todas las leyes y con mucha especialidad las electorales, á fin de que se logre el sufragio libre, y finalmente, que el día más feliz de su vida será aquel en que pueda entregar al ciudadano algo por la Nación, el timón de la nave pública.

El Sr. de la Barra, que ha sido entre los dos regímenes políticos como el lazo de unión, y representa la transición serena, se apresuró á combatir la excitación del pueblo con el sedativo de sus declaraciones terminantes. Quizá destruye oportunamente todo temor público y tal vez cortar de raíz las insinuaciones de cualquier partido.

«Dentro de la jurisdicción de las leyes y sometido á sus mandatos, ha dicho en su manifiesto: podrán encontrar los partidos políticos ancho campo para el triunfo de sus aspiraciones, que serán respetadas cuidadosamente, en tanto que se manifiesten dentro de los límites que aquellas les imponen. Cualquier transgresión á las disposiciones legales, será vigorosamente reprimida».

Después de alcanzados los triunfos más importantes de esta gran convulsión nacional, se debe pensar en la obra de reconstrucción y plantación nueva.

Juan Diego es un indígena viejo con su filosofía natural y su amplio conocimiento de las cosas de la vida, que dá á su hijo consejos de moralidad agrícola. Oigámosle,

porque sus palabras son tan discretas, que Bernardino de Sahagún ó de las Casas, las citarían como modelo de «la atinada apreciación del Indígena de la Nueva España».

«Hijo mío, te veo lleno de una justificada alegría. Has recogido desde hace seis meses cada día el rico y abundante jugo que converge á la honda cuenca de tus magueyes cupados. Ha sido una agitación jubilosa tu vida durante este período de cosecha. Cada mañana has tomado en el guajo el líquido precioso, y luego de raspar las concavas paredes de la cuenca, has puesto una piedra encima defendiendo el pulque del mosquito. Cada tarde has llegado al tinaco con las cascadas fleusas, el barriquillo tlachiquero. Has tomado éstas con tus manos gozosas y has vaciado en los cueros colgantes, al través de la zaranda, cuyo fino cedazo habes, el blanco y espeso líquido nacional.

Pero pienso que una mañana encontrarás exhausto el vaso del agave. Entonces picarán en menudos pedruzcos las gruesas hojas que quedan, y las darás al ganado, á orillas del jagüey, que riza el viento. Habrá que sacar el tronco seco y arrojárselo en multitud de astillas debajo del canal, y un día encontrarás el campo desolado.

Pienso, hijo mío, que no terminan aquí tus labores. Para asegurar la cosecha de mañana hay que encomendar á la tierra el cuidado de una gestación nueva. Cava, pues, tu parcela, valtea los terrones, abona con majada las cepas y coloca en ellas, en la luna creciente, los mejores almólgos.